

mercenarios que lanzaron libelos infamatorios contra la reina y toda clase de escritos en que procuraban subsanar la conducta del cardenal y hacerle aparecer como la víctima de su amor y lealtad á la real familia. Todos leían esos folletos, por lo mismo que corrían subrepticamente, de lo cual resultó, que ántes de verse la causa en público, ya la opinión estaba preparada en favor del cardenal y en contra de la reina.

El 31 de agosto de 1786, como ya se ha dicho, se señaló para la vista de la causa. La noche ántes habían trasladado al cardenal de la Bastilla á la cárcel de corte, como ya lo habían hecho con otros presos por el mismo delito.

Desde bien temprano, la plaza en frente de la cárcel, empezó á llenarse de gente, entre la que sobresalían los partidarios del cardenal y de la libertad, como ellos empezaban á llamarse, unos y otros con el siniestro objeto de pescar á rio revuelto.

Entretanto, ya había empezado el gran drama dentro del tribunal. Los miembros del Parlamento, jueces de la causa, en sus hopalandas negras, se hallaban sentados en fila detrás de una mesa de tapete verde; todos con la mirada fija en el cardenal Luis de Rohan, quien, á despecho de su comprometida posición, guardaba la mayor compostura y dignidad. Vestía el traje propio de su rango, pero en vez de la toga color de púrpura, llevaba una de color violeta, como es el uso de los cardenales cuando tienen luto. Sobre esta se puso la esclavina roja, donde se desplegaban todas sus insignias, y las medias del mismo color, con los zapatos de seda y las hebillas de oro, adornadas con piedras preciosas, completaban su rico y brillante traje. Al entrar en la sala, levantó el brazo y echó la bendición á aquellos mismos hombres que iban á juzgarle y tal vez á condenarle. En seguida habló como sigue:

Una parienta suya, madama de Boulainvillier, tres años ántes, le había presentado una jóven y suplicádole la mantuviera y protegiera. Dicha jóven era del mas ilustre linaje, el último descendiente de los primitivos reyes de Francia, de la estirpe de Valois. Se llamaba la condesa Lamotte-Valois, cuyo marido, el conde Lamotte, era subteniente de un regimiento de guarnicion en una ciudad pequeña y su sueldo no era bastante para sostenerlos siquiera con decencia. Natural fué que el cardenal se interesase por la suerte de aquella desgraciada hija de los reyes de Francia, por otra parte hermosa, inteligente y de moda. es muy finos. El la mantuvo por algun tiempo y al fin consiguió que el rey Luis XVI la señalara una pensión de 1,500 francos, en consideracion de su origen y parentesco. Esto conseguido la condesa fué á Versailles para dar las gracias en persona por su favor. A su vuelta á París, en el colmo de la alegría, dijo al cardenal, que no solo la había recibido la reina, sino que se había mostrado con ella muy amable y la indicó que la visitara á menudo.

Desde ese dia, la condesa continuó en menudear sus visitas á Versailles y adquirió mayor mérito á los ojos del cardenal; tan o mas, cuanto que por la relacion que hacia de sus viajes á la corte, aparecía claro que estaba en gran privanza con la reina. Entonces, por

desgracia, se hallaba el cardenal en opuesta posición respecto de la misma augusta persona; quien no se dignaba dirigirle siquiera la palabra jamas. Esto le traía por demas inquieto y apesarado y en vano solicitó entrar en la gracia de su soberana. Confió él sus cuitas á la condesa Lamotte-Valois, y esta, parte por celo amistoso, parte por gratitud, tomó sobre sí la tarea de hablarle por él á la reina.

Algunos dias despues ella le dijo al cardenal que había cumplido su promesa, que con tales palabras había pintado á la reina su pesadumbre por el desvío con que le miraba, que aquella angustiosa persona se había afectado mucho, y dicho á la condesa, que olvidaria todo y perdonaria al cardenal, si este le pedia perdón por escrito de las mortificaciones que le había causado á ella y á su madre Maria Teresa. Por de contado que el cardenal se prestó á ello de la mejor voluntad. Extendió un documento y lo remitió á la condesa, en que pedia perdón por haber aconsejado á la emperatriz Maria Teresa, años atras, cuando Maria Antonietta no era mas que delфина y él embajador Frances en Viena,—reprendiese la altanería y frivolidad de su hija, é hiciera que se enmendase. Hé aquí la única ofensa que él había hecho á la reina, estaba arrepentido de haberla cometido, y humildemente la rogaba le perdonase. Al mismo tiempo le pidió una entrevista, á fin de confirmar de palabra lo que decia por escrito; y á este efecto, algunos dias despues la condesa Lamotte-Valois le entregó un papel, escrito de mano de la reina, respuesta al parecer de su memorial á la misma.

Aquí el presidente del tribunal interrumpió al declarante para preguntarle si conservaba dicho papel.

—Desde que tuve la buena suerte de recibir las, siempre he llevado conmigo las caras y valiosas cartas de la reina. El dia que me prendieron en Versailles las llevaba en el bolsillo del lado de mi casaca. Por dicha mia y desdicha de aquellos que, no bien me metieron en la Bastilla, asaltaron mi palacio, sellaron mis papeles y quemaron los que les desagradaban, esas cartas iban conmigo, de lo contrario hubieran pasado por el mismo auto de fé. Aquí están.

Sacó una cartera, tomó de ella un paquetico y lo depositó en la mesa delante del presidente. Este lo abrió y leyó:

“He recibido el memorial que me dirigis y me alegro en el alma que esteis arrepentido y bien dispuesto; siento, sin embargo, no poder concederos la audiencia que solicitais. No obstante, tan pronto como las circunstancias lo permitan, os lo haré saber, y hasta entonces, silencio.

“MARIA ANTONIETA DE FRANCIA.”

La lectura de esta cartita, produjo un murmullo de admiracion en la sala del tribunal y las miradas de todos se volvieron á fijar en el preso, de manera que hasta el presidente, despues de haber puesto el papel en la mesa, parece que no echó de ver que aquel dignatario de la Iglesia, cardenal, príncipe y limosnero mayor del rey de Francia, se hallaba en pié lo mismo que si fuera un criminal comun.

—Una silla de brazos para el señor cardenal:

gritó y al punto uno de los bedeles trajo una muy cómoda y lujosa.

Se desplomó en ella el príncipe Rohan, dando las gracias á los jueces con una inclinacion de cabeza.

—¿Tiene V. E. la bondad de proseguir? le preguntó el presidente del tribunal tras una breve pausa.

Naturalmente, dicha carta le llenó de la mayor delicia,—prosiguió el cardenal con otra inclinacion de cabeza; tanto mas cuanto que se le prometia una entrevista con S. M. y le había implorado á la condesa hiciese instancia porque se llevara á efecto, pues había notado que no obstante el perdón de la carta, la reina continuaba en tratarle en público con el mayor desden. Un domingo, despues de haber dicho misa á SS. MM., se tomó la libertad de pasar á la sala de audiencia y de dirigirle la palabra á la reina. Ella solo le contestó con una mirada de cólera y desde, volviéndose en seguida la espalda, á tiempo que decia en alta voz á la duquesa de Polignac:—¿Qué desvergüenza! Porque llevan la púrpura se creen estas gentes facultados para todo, se creen iguales á los reyes y tienen la osadía de dirigirlas la palabra.—Palabras tan duras é incisivas naturalmente produjeron profunda herida en el cardenal, y, por la primera vez le entro sospecha, de si serian falsas todas las historias de la condesa, y forjada la carta de la reina, porque le parecia imposible que esta en secreto se mostrase favorable á un hombre que despreciaba en público.

Así se lo dijo á la condesa de Lamotte en su cólera, añadiéndola que tendria como falso todo lo que le había traído de la reina, á menos que, en el mas breve tiempo posible, consiguiese de ella lo que le había pedido con instancia tantas veces, á saber, una audiencia con aquella angustiosa persona. Deseaba esta no solo para convencerse por sí mismo de que Maria Antonietta había cambiado, sino tambien para confirmar la verdad ó la mentira de lo que le había contado la condesa. Rióse esta de su desconfianza y le prometió poner en juego toda su destreza para conseguirle la apetecida entrevista con la reina. Entonces se arrepintió él de las sospechas que había concebido, creyó de nuevo en la sinceridad de dicha señora, y le prometió que como le lograrse la entrevista deseada, en señal de gratitud le regalaria cincuenta mil francos.

Estas palabras arrancaron un rumor de aprobacion y de sorpresa de los espectadores, en que se señalaban las familias de la primera nobleza de Francia y los mas poderosos enemigos de la reina, quienes se aprovechaban de esta ocasion para vengarse de la Austriaca, que se había atrevido á escoger sus amigos y sociedad, no en conformidad á su prosapia, sino de acuerdo con los dictados de su corazón.

No creyó el presidente bastante pronunciada la expresion de aplauso para mandar imponer silencio, se desentendió de ello y preguntó al acusado si la condesa le había al fin concedido la audiencia de la reina.

El cardenal guardó silencio por un momento, se puso pálido, se agitó en la silla, su semblante expresó por lo claro una fuerte lucha interior, en que sin duda había mucho de farsa y de hipocresía, y dijo:

—Si place á este noble tribunal, bajo las sagradas vestiduras que llevo siento que late un corazón de hombre. Es, sin embargo, indigno de un caballero, imperdonable falta, descubrir los secretos de una señora, poner de manifiesto los favores recibidos. Pero tengo que cargar yo con esta culpa, porque debo defender la honra de un sacerdote, de una dignidad de la Iglesia, asimismo porque no debo consentir se mancille la púrpura aun con la sospecha de una mentira ó un acto calumnioso. Quizas... lo temo, tal vez en este negocio yo he sido el engañado; no consentiré, sin embargo, que siquiera se sospeche de que fui el engañador. Así, pues, me veo en la dura necesidad de publicar los secretos de una señora, reina por añadidura.

Le observó en este punto el presidente que su deber primero era decir la verdad, tanto porque lo había jurado, como por respeto á las sagradas vestiduras que vestía, y ante esta idea primordial, era fuerza que acallaran sus escrúpulos; fuera de que como dignidad de la Iglesia le tocaba dar ejemplo de candor y obediencia ciega á los mandatos del tribunal.

—Gracias, señor presidente, dijo el acusado en voz tan trémula y apagada que conmovió hasta las lágrimas á muchas señoras veladas. Gracias. Quitais una pesada losa de mi corazón. La viva luz de vuestra sabiduría me alumbró el camino que me corresponde seguir.

Ahora bien, continuó el presidente roto hasta las cachas por el piropeo que le soltó el diestro cardenal. Me tomo la libertad de repetir la anterior pregunta:—¿Lloró la condesa Lamotte-Valois que la reina consintiera en ver en secreto á vuestra eminencia?

—Sí, señor; y habiéndose tranquilizado, continuó. Dos dias despues había venido á su casa la condesa muy risueña y animada, pues le traía recado de que se sirviese seguirla á Versailles, en cuyos jardines y en sitio ya fijado, debía efectuarse la entrevista suya con la reina. El, por consejo de su amiga, vistió un traje sencillo de paisano, casaca azul, sombrero redondo y botas aitas. Con toda la delicia que experimentaba, apenas podía él creer que la reina le mostraria marca tan elevada de favor; y entendiendo esto la condesa se echó á reír y le enseñó otra carta, escrita en papel de cantos dorados, dirigida á ella, y firmada como la anterior puesta arriba.—Maria Antonietta de Francia.—En la dicha carta la rogaba la reina tuviese cuidado de advertir al cardenal hablase bajo en la entrevista, porque los árboles tenían oídos y que no saliese de la enramada hasta que la reina diese la señal.

La lectura de esta nueva carta le quitó toda duda al cardenal, quien ya suspiraba porque llegara la hora de la entrevista tan deseada. Llegó en efecto, y el cardenal en compañía de la condesa se encamó á Versailles en un coche de alquiler. Le condujo ella al terrado del palacio, donde habiéndose hecho esconderse tras un grupo de laureles enanos, le dejó allí y fué á informar de ello á la reina, quien acostumbra pasearse todas las tardes en el parque en union del conde y condesa de Artois. De figurarse es la posición del cardenal, en su escondite, acallando los latidos de su corazón, para oír con mas desembarazo cualquier ruido que le anunciase la aproximacion de la reina.

Era ya puesto el sol, la noche deliciosa, y la luna con sus rayos de plata, desde un cielo azul purísimo, alumbraba las sendas y objetos inmediatos, al punto de no echarse de menos mucho que se diga, la claridad del día. Y así pudo S. E. descubrir una figura noble y elevada, en traje oscuro, con grandes alfileres azules en el peinado, que se apresuraba á llegar al terrado, seguida por la condesa Lamotte-Valois.

Desde luego se desvanecieron como el humo las dudas que de cuando en cuando asaltaban el espíritu del cardenal. Aquella que se aproximaba era María Antonietta en persona, no cambia género de duda. Aquel era su vestido, el mismo peinado que llevaba ella el domingo anterior, cuando despues de la misa él fué á Versailles á dar un paseo en carruaje. Si, la reina se acercaba. Habiendo llegado á pocos pasos del bosquecillo, dijo ella en tono de cuchicheo:

—Venid; y no bien pronunciaron sus divinos labios esta palabra, cuando salió el cardenal de su escondite, cayó de rodillas á los piés de la que creía su reina, la tomó una mano y se la besó con efusion.

—Por desgracia, dijo ella, entonces, siempre en voz muy baja, yo no puedo permanecer aquí sino un momento. Nada abrigo contra V. E., como lo verá en breve por las marcas de favor. Entre tanto, aceptad esta prenda de mi merced. (Fué una rosa que se la desprendió del seno María Antonietta y se la dió al cardenal). Aceptad este otro presente en memoria de la reconciliacion; añadió poniéndole en las manos un retrato. Contiene mi retrato. Contempladle á menudo, y no dudeis nunca de que yo...

En esta sazón la condesa que se había mantenido á respetable distancia, se acercó á la carrera y dijo muy agitada.

—Alguien viene. Por amor de Dios, huya V. M.

En efecto, se oían voces distantes, como de personas que venían en la direccion del sitio de la cita. La reina le echó garra á la condesa por el brazo y le dijo:

—Vamos, amiga mia. Adios, cardenal.

Loco de alegría por la buena fortuna que le había cabido, aunque triste por la terminacion brusca de la entrevista con la reina, se volvió el cardenal á París. Al día siguiente la incansable condesa le trajo un billete de la reina, en que esta le manifestaba su sentimiento por la brevedad de la entrevista, prometiéndole atender en breve su promocion. Algunos días despues de esta ocurrencia, que traía constantemente preocupado el ánimo del cardenal, tuvo él que ir á Alsacia. El mismo día despues de su llegada allá, sin embargo, le alcanzó el marido de la condesa, despachado por ella como correo de gabinete, para poner en sus manos otra carta de la reina, tan misteriosa y atildada como las anteriores.

“El momento que deseaba, rezaba dicha esquelá, no ha llegado aun. Os ruego sin embargo, que volvais al punto á París, porque tengo un asunto secreto, que me concierne personalmente, el cual solo á vos puedo fiar, y necesito vuestra ayuda. La clave de este enigma la posee la condesa Lamotte-Valois.”

En alas del viento el cardenal volvió á París y se encaminó al palacio que la condesa había comprado con los frutos de su liberalidad. Allí

supo el objeto de su llamada á la capital. Se trataba de comprarles á los joyeros Bohmer y Bassenge, una joya que varias veces le habían ellos ofrecido en venta á la reina. Esta la había visto y quedado fuertemente enamorada del tamaño y belleza de los diamantes; pero en vista de su enorme precio, se había ella abstenido de comprarla. Con todo eso subsecuentemente había sentido en el alma no haberla comprado, así porque no había otra en Europa que se le pareciese, como porque de repente le habían entrado vivísimos deseos de poseerla. Quería ella, pues, comprarla en secreto, sin el conocimiento del rey, pagando su valor en plazos cómodos, porque el dinero tenía que salir de su caja privada.

Pero precisamente entonces Bohmer y Bassenge tenían intencion de enviar el collar á Constantinopla al Sultan, quien deseaba hacer un regalo magnífico á la favorita. Antes de decidir esto, sin embargo, los joyeros se dirigieron de nuevo á la reina, declarándole que si ella tomaba el collar, ellos aceptarían cualesquiera condiciones de pago. Pero la caja privada de S. M. estaba vacía, como ya se ha dicho, habiendo distribuido todos sus fondos á los pobres que sufrían mucho con motivo de los rigores del invierno. La reina no obstante deseaba vehementemente hacerse del collar, y se dignaba concederle al limosnero una marca de favor especial, encargándole la comision de comprarlo para ella. Para ello debía él recibir un papel firmado por la reina, que no mostraría sino á los mismos joyeros de la corte en debido tiempo. El adelanto de seiscientos mil francos lo haría el cardenal de su propio peculio, el restante millon lo pagaría la reina en plazos de cien mil francos cada tres meses cumplidos. En el primer trimestre, despues de hecha la compra, se le abonarían al cardenal los seiscientos mil francos adelantados.

No halagó poco á este aquella muestra de confianza de parte de la reina y aguardó con ansia la autorizacion escrita, para proceder á la compra del collar. No tuvo que esperar mucho, porque dos días despues se le trajo la condesa Lamotte-Valois, fechada en el Trianon y firmada,—María Antonietta de Francia. Las dudas que á pesar de todo esto, trabajaban el ánimo del cardenal, le indujeron á verse con su amigo el conde Cagliostro. Este le había curado de una grave enfermedad, y desde entonces había sido siempre su amigo desinteresado, y se puede decir su oráculo, pues que revelaba su porvenir en todas ocasiones. Evocó Cagliostro en noche lóbrega y solitaria los espíritus que le servían y por ellos supo que era digno de la posicion del cardenal el encargo que le habían hecho; que tendría el negocio un resultado feliz; que pondría el sello á los favores de la reina y apresuraría el día dichoso en que para bien de la Francia y del mundo entrarían en juego los grandes talentos del cardenal.

De nuevo se le dispararon las dudas. Fué, pues, á casa de los joyeros de la corte, les declaró el objeto de su visita y les mostró el papel en que la reina le autorizaba para hacer la compra del collar. Al punto los joyeros entraron en negocio, depositando el cardenal los seiscientos mil francos y recibiendo en cambio la valiosa prenda. Era la víspera de una gran

fiesta y la reina quería lucir en ella el collar. Por la noche un criado de confianza de esta fué á recogerle en el palacio de la condesa Lamotte-Valois, la cual suplicó al cardenal tuviese la bondad de presenciar la entrega.

De acuerdo con este convenio el cardenal pasó á casa de la condesa en la noche del 1.º de febrero de 1784, acompañado de un lacayo, hombre discreto, que llevaba el estuche. En el zaguán el mismo cardenal tomó la joya de manos del lacayo y la puso en las de la condesa, la cual le condujo á una alcoba inmediata á una sala de recibí, desde donde apenas veía esta por una puerta de cristales.

Tras de unos cuantos minutos de silencio se abrió la puerta principal y se oyó una voz que dijo:—Al servicio de la reina. Y luego al punto entró un hombre vestido con la librea de S. M. á quien había visto muchas veces el cardenal en casa de la condesa y sabido por esta que era de la confianza de la reina; y en su nombre pidió el collar. La condesa le tomó y se le dió al criado, quien sin decir mas, saludando profundamente, se marchó con el collar. En aquel instante experimentó el cardenal un gozo exquisito, porque acababa de prestar un servicio eminente á la reina de Francia, esposa del rey y madre del futuro rey, no solo en la compra de los diamantes que ella deseaba, sino en impedir que se valiese, impulsiva como es, de algun otro caballero de la corte.

Estas palabras arrancaron exclamaciones entre las mujeres, á una de las cuales se le oyó gritar:

—No hubieran hecho otro tanto los señores Vaudreuil y Coigny.

Léjos de enojo la observacion produjo risa en los jueces, y el presidente preguntó al acusado:

—Ruego á V. E. me diga si la reina María Antonietta dió á V. E. las gracias por el gran servicio, que segun afirma V. E. la prestó. ¿Ha pagado ella los plazos?

—Desde el día en que efectuó esta malhadada compra, prosiguió el cardenal tras triste y corto silencio, —todo han sido inquietudes, pesares, humillaciones para él. No otro pago ha recibido. La reina no se ha dignado dirigirme la palabra siquiera. En la gran fiesta no llevó ella el collar que se le remitió la víspera. Se quejó de ello á la condesa, con cuyo motivo la reina tuvo la bondad de escribirle un billete para decirle que no había llevado el collar en la fiesta porque era muy valioso y no dejaría de atraer la atencion del rey y de la corte. Tranquilizado por este lado no experimentó nuevas dudas hasta el día fatal en que debía hacerse el pago del primer plazo pues ni el cardenal ni los joyeros recibieron el dinero ni palabra de la reina. Entonces empezó él á sospechar de que tal vez se habían aprovechado de su lealtad á la reina para engañarle y extorquirle; y espantado del abismo á que corría, al punto hizo llamar á la condesa y la abjuró le explicase la conducta de la reina. Le contestó, que precisamente á ruegos de esta, estaba ella á punto de pasar á verle, para suplicarle disimulara la falta de pago, que la habían ocasionado gastos imprevistos y urgentes que S. M. había tenido de hacer, por todo lo cual solo podía pagar á la sazón el interes del dinero, treinta mil francos. Contento con estas

palabras y mas con el arreglo de la reina, pues que tal era su voluntad, el cardenal y su amiga se separaron, esta diciendo que iba en busca del dinero.

Entretanto ocurrió algo que una vez mas alarmó grandemente al cardenal. Hallándose de visita en casa de la duquesa de Poignac, le trajeron á esta una cartica de la reina, y el cardenal le rogó se la dejara ver, si no contenía nada secreto. Consintió en ello la duquesa, y...

Guardó silencio el cardenal, se puso pálido y cruzó los brazos sobre el pecho. Al cabo lo interrumpió el presidente del tribunal para preguntar al acusado, si examinada la cartita, halló que la letra era igual á las de las cartas que él había recibido de la misma reina.

—No, no era la misma letra; respondió el cardenal. No, era la letra del todo diferente. Solo en la firma había alguna semejanza, aunque la cartita á la duquesa estaba suscrita únicamente,—María Antonietta. Corrió el cardenal á su casa y con impaciencia febril esperó la llegada de la condesa. Entró riendo como siempre, trayendo los treinta mil francos ofrecidos. El irritado cardenal le declaró sus sospechas y la acusó de falsaria. Pareció alarmarse al pronto y confundirse, mas luego la enmendó diciendo que bien pudiera ser que la reina no hubiese escrito de su puño y letra las cartas á ella y al cardenal, sino que las hubiese dictado solamente. Con todo, por lo que hacia á la firma, podía jurar que era de la letra y puño de la reina.

Esta salida reanimó un tanto al cardenal, sin embargo, no bien se marchó la condesa, cuando se le presentaron los joyeros y le dijeron que no habiendo recibido el dinero del plazo, le habían dirigido un memorial á la reina, sin obtener respuesta, ni la concesion de una audiencia para entablar la queja. En esta virtud se habían dirigido á la camarera mayor de la reina, madama Campan, con quien acababan de tener una conferencia. Dijoles dicha señora que la reina no poseía el collar; que la condesa Lamotte-Valois no había hablado jamás con la reina; que ella les había dicho á los joyeros en el colmo de la indignacion que alguno los había estado engañando; que eran las víctimas de un fraude y que iría al punto al Trianon para informar á la reina sobre esta horrorosa intriga. Aconteció esto el jueves, al siguiente domingo fué el cardenal á Versailles para celebrar la misa mayor, y se siguió la escena antes referida.

El presidente en nombre del Tribunal dió las gracias al acusado por la lúcida y verídica exposicion de los hechos, agregándole que podía descansar y refrescar en el refectorio del Parlamento, ántes de volver á la Bastilla.

“Con esto se levantó el cardenal y saludó, poniéndose todos los jueces en pié y contestando su saludo respetuosamente.”

—¡Dios bendiga al cardenal, el noble mártir del reino! exclamó una de las señoras veladas. Y los demas espectadores repitieron el grito.

Salió el cardenal por una puerta y por otra entró la condesa Lamotte-Valois, conducida al Tribunal entre soldados por orden del presidente. Antes de abrirse la puerta por donde se esperaba la presa, ya estaban allí clavados los